

Transgresiones de la sensibilidad

Como siempre cuando se enfadaba



porque, de no quitárselas, arruinaría la intervención de un chico del que hasta el momento todos habíamos pensado que era una invención de



Nufrñe, tan imaginativa, al que — en uno de esos arranques suyos que nadie sabíamos de dónde le salían ni de quién le venían — había dado un nombre demasiado extraño e impronunciable para nosotros como Rigoberto, seguido, para complicar aun más las cosas, de otra palabra aún más difícil,

Almendrales, de la que explicó con su proverbial desparpajo, que se trataba de algo tan simple como el apellido.

Pero no se las quitó, no, las gafas, mamá; por alguna incomprensible razón aquella mamá o **quién aquella desconocida fuese** y que ni habíamos visto ni nos había sonado los mocos ni peinado ni propinado un alpargatazo en el culo ni arropado con el edredón en las noches de invierno ni leído un cuento a la cabecera de nuestras camas jamás, no se quitó unas gafas sin las que (o tal vez mejor *con las que*, puesto que las conservaba puestas) había de suponerse que el chico se quedaría atascado, perdido, sin saber ni qué decir ni qué hacer.

No se quedó, sin embargo y por algún motivo en absoluto menos incomprensible que la razón mencionada en el párrafo anterior, atascado el chico sino que, para su propia sorpresa, siguió perorando y prodigándose en explicaciones que, debía de suponerse — y aunque las suposiciones no solían ser obligatorias en los deberes a menos que se quisiera subir nota —, habrían de arrojar no ya una luz, no una luz por débil o mortecina que pudiera lograrse con buen pulso y dando vueltecillas con mucho cuidado al interruptor hasta pillarle el punto, no luz ninguna pero sí, y a modo puramente de experimento que a ver cómo salía siendo la primera vez, el guante que fue, casualmente (y tras sobrevolar dubitativo o perezoso por sobre las miradas elevadas a cosa de más o menos una media altura por bajo un cúmulo de posibilidades que dando, como en verdad daba, la

